

## ¿NECESITA DIOS LA IGLESIA?

SANTIAGO MADRIGAL

G. LOHFINK, *Braucht Gott die Kirche? Zur Theologie des Volkes Gottes*, Ed. Herder, Freiburg, 1998, 432 pp., ISBN: 3-451-26544-3.

Esta obra de G. Lohfink completa y desarrolla los planteamientos expuestos en su libro *La Iglesia que Jesús quería* (original de 1982), cuya intención básica era mostrar desde el NT cómo la fe tiene un profundo carácter comunitario, de modo que es generadora de Iglesia como esa «sociedad de contraste» contrapuesta a cualquier otra forma de asociación humana. Para comprender la naturaleza del libro que ahora presentamos resultan muy ilustrativos el comienzo y el final, pues ahí explica por qué lo ha escrito y declara cuál ha sido su propia experiencia y peripecia eclesial. Lohfink escribe no sólo como Profesor de exégesis, sino también desde su participación y compromiso en la «Katholische Integrierte Gemeinde». Comienza reconociendo que el libro de 1982 pudo producir la impresión de que existiría algo así como un camino rectilíneo desde las comunidades neotestamentarias hasta el día de hoy en el sentido de que aquellas pudieran ofrecer automáticamente, independientemente de tiempo y lugar, pistas de renovación de las comunidades del presente eclesial. Sin embargo, este planteamiento desconoce el principio interno de la historia de la salvación: Dios actúa de forma imprevisible en la historia humana, como quiere, donde quiere y cuando quiere. Desde este presupuesto la obra adquiere un cierto tono de «retractación» agustiniana: si allí predominaba la preocupación por la configuración social y comunitaria de la fe cristiana frente a una comprensión individualista de la salvación, ahora trata de presentar la Iglesia como el lugar de la cercanía viva y verdadera de Dios y, ofreciendo una «Teología del Pueblo de Dios» —tal y como reza el subtítulo del libro—, quiere salir al paso del fenómeno hodierno de la pérdida de eclesialidad. Este libro tiene un comienzo más radical, pues analiza a lo largo de la Primera parte las raíces del Pueblo de Dios en el AT, preguntándose cómo actúa Dios y para qué ha elegido un pueblo. La Segunda parte se adentra en la historia de la salvación examinada a la luz de la historia de Israel. La Tercera parte presenta la novedad del NT desde

el significado de la persona de Jesús de Nazaret y la figura de los Doce. La Cuarta sección está dedicada a las propiedades de la Iglesia.

La Primera parte (pp. 13-70) retoma la pregunta formulada en el título del libro: para qué necesita Dios un pueblo de su propiedad. Y la pregunta por la elección de un pueblo sólo se puede esclarecer desde las noticias bíblicas acerca de la creación del mundo, de la caída original y de la evolución de la humanidad. Frente a las filosofías y a las religiones antiguas, la fe judía en la creación expresa la convicción específica de que Dios no es una fuerza numinosa intramundana, sino que es el Absolutamente Otro y el Señor de la historia. El documento sacerdotal y el Deuterocanónico forman la íntima relación entre creación e historia, de modo que toda la historia, también la historia del pueblo de Dios, será un despliegue de la creación. Ahora bien, hablando en términos modernos, ni la evolución biológica ni la evolución de las sociedades primitivas son procesos rectilíneos. Evolución e historia implican cambios de escenario y libertad. Tras la creación del mundo y del ser humano, la Biblia (Gn 2, 4-4, 26) narra la entrada del pecado en el mundo. Dios ha arriesgado una historia de pecado que sólo es comprensible desde la libertad humana, una creatura que no es ni marioneta ni máquina. Y, seguidamente, a la historia del pecado acompaña el comienzo de la historia de la salvación con Abrahám. Es importante caer en la cuenta de que si la Biblia comienza con la creación del hombre Adán, imagen de la humanidad entera, también concluye con la visión profética de la ciudad nueva (Ap 21, 1-22, 5), de la nueva Jerusalén, compendio de una noción universalista de la salvación. El número «Doce» (21, 14) alude a la restauración del pueblo de las Doce tribus en su consumación definitiva. Para que realmente acaezca esta salvación querida por Dios para la humanidad entera se requiere un lugar concreto donde el comienzo de esa salvación se haga presencia real. El capítulo 12 del libro del Génesis expresa la promesa de bendición hecha a Abrahán, constituyéndole en padre de un gran pueblo. Dios ha vinculado la promesa de salvación a un pueblo concreto, haciendo a Israel objeto de su elección. Es éste quizás un concepto desprestigiado (marcado con adherencias negativas de elitismo), pero central en la historia bíblica. Esta primera parte se cierra explicando que la omnipotencia divina consiste en su poder de llevar a buen término su plan salvífico, esto es, constituir un pueblo de su propiedad que crece como un grano de mostaza (Mc 4, 30-32).

La Iglesia encuentra sus raíces remotas en Israel. La segunda sección del libro (pp. 71- 152) describe las características de este pueblo como pueblo de Dios, que se ha preguntado a fondo por qué Dios ha creado este mundo y cuál es el fin de la creación. Una de las nociones centrales en la Teología de Israel es la de «reunión del Pueblo de Dios disperso»; con los profetas Isaías, Jeremías y Ezequiel este concepto adquiere paulatinamente un significado netamente soteriológico que le eleva a la categoría de *terminus technicus*. Aunque el concepto «reunión de Israel» se fragua en la época del exilio, la idea original es mucho más vetusta y tiene que ver con la gestación misma del pueblo de Dios, de la confederación de las doce tribus, pues es Dios quien reúne a Israel y le reconduce desde la diáspora a la tierra de promisión. La tradición bíblica sedimentada en la historia de los patriarcas, comenzando desde Abrahám y siguiendo por Isaac, Jacob y los doce hijos de Jacob, tiene como objetivo mostrar que Israel no surge por mero automatismo genealógico, sino que la elección de Dios va acompañada de la fe en la promesa, una fe que cada generación ha de renovar. Pablo se planteará cómo los paganos puedan llegar a ser sin circuncisión hijos de Abrahám. Y Juan Bautista declaraba que Dios puede sacar de las piedras hijos de Abrahám (Mt 3, 9). Es la fidelidad a la promesa y no la pueza de sangre la que hace y consolida al pueblo de Dios. La experiencia del Exodo tiene el carácter de acontecimiento fundacional del pueblo de Dios. Israel ha mantenido viva en su memoria

(Dtn 26, 5-10) aquel acontecimiento vinculándolo a la fiesta de la Pascua como *figura* de la superación de toda esclavitud para los tiempos venideros. El éxodo bíblico, que ha sacado a Israel de la vieja sociedad y del sometimiento egipcio, apunta hacia una nueva sociedad en la tierra prometida, cuyos criterios organizativos están expuestos en la *torá*, primariamente en el Decálogo. La Iglesia los hará suyos, y de modo especial, el mandato de amor a Dios (Dtn 6, 5) y de amor al prójimo (Lev 19, 18). Sin embargo, no acaba de ser grabada la ley en las tablas de piedra y ya el pueblo danza en torno al becerro de oro. La historia de Israel, tal y como nos la cuenta el Pentateuco, es empero una historia de resistencia, rebelión, infidelidad y oposición a Yahveh, que ha comenzado ya en el tiempo del éxodo. No hay ningún pueblo que haya interpretado su propia historia como consecuencia de su rebelión y resistencia a Dios. Esta historia resulta del hecho de que la voluntad de Dios a menudo no coincide con los planes del hombre. Si las religiones buscan satisfacer los intereses de los hombres, la fe israelita pregunta por los intereses de Dios desde la experiencia de que Dios es la salvación del mundo. De este modo, la historia de la oposición y resistencia a Yahveh es una historia de búsqueda de la verdad, del rostro del verdadero Dios. La respuesta de Dios a la resistencia de su pueblo diseña el hilo conductor de la historia de la salvación: cada vez que Israel pasa por una crisis, reconoce su culpa y se vuelve hacia Dios se produce un paso adelante y decisivo en la historia de Dios con su pueblo. La crisis del éxodo ha hecho posible la nueva forma de existencia de Israel, pues la lucha permanente por la transmisión de la fe corre pareja con la búsqueda de la forma adecuada de ser pueblo de Dios. La fe cobra así diferentes configuraciones sociales. Inicialmente, y a diferencia de las ciudades-estado cananeas organizadas de forma monárquica, Israel está constituido como una libre e igualitaria asociación de tribus. Hacia el año 1000 David es reconocido como rey del estado compuesto por todas las tribus. Bajo el período de dominación asirio y babilonio, cuando Israel ha perdido su soberanía estatal, el pueblo de Dios adquiere una nueva figura, que puede ser expresada con el concepto de «comunidad del Templo». La cuarta figura social que adopta el pueblo de Dios es la forma asociativa de la sinagoga, que ha florecido en la diáspora.

Descritas las características de Israel como pueblo de Dios, Lohfink dedica la segunda mitad de su libro al cumplimiento de las expectativas mesiánicas de Israel. La tercera sección (pp. 153-249) se adentra en el NT y tiene un carácter eminentemente cristológico. Parte de esta pregunta: ¿en qué relación se encuentran AT y NT: qué es lo nuevo en el NT? La respuesta no es fácil. A juicio de Lohfink, la novedad no ha de ponerse en contenidos teológicos concretos (amor, interioridad, redescubrimiento del individuo), sino en el hecho de que la apertura radical del AT alcanza su meta en el NT, las promesas reciben su cumplimiento y llega lo que se esperaba. Lo nuevo del NT es la persona de Jesucristo y, hay que añadir seguidamente, la «figura de los Doce». Los diversos capítulos de esta tercera sección explanan de forma más precisa esta «novedad»: la actualidad y el «hoy» del reinado de Dios (Mc 1, 15), el «ya» de la salvación y de la gracia ofrecida por Dios en Jesús y el «todavía no» que surge de la empecatada resistencia humana. Dentro de la estructura sacramental de toda la actuación de Jesús hay que destacar la *figura* de los Doce, signo visible y permanente de la reunión del pueblo de Dios, de la restauración de Israel, de la generación de una nueva creación y definitiva. En la elección de los Doce, comienzo germinal del Israel definitivo, quedan puestos los cimientos de la Iglesia pospascual. Esa dimensión sacramental de las palabras y acciones de Jesús se concentra de modo especial en la última cena, escenario en el que Jesús da la interpretación pascual de su propia muerte y destino, como la muerte del siervo de Dios que entrega su vida y toma sobre sí la culpa de muchos.

La cuarta sección, dedicada a las características de la Iglesia, es la más larga del libro (pp. 251-380); arranca del mensaje de la resurrección, que —como subraya Lohfink— no implica sólo la superación de la muerte personal de Jesús, sino que indica también la acción de Dios y tiene, por consiguiente, un significado preciso respecto al pueblo de Dios: la de su resurrección misma en la forma de reunión definitiva (en el sentido de la profecía de Ez 37, 11-14). Hablar de la resurrección de Jesús exige hablar de las consecuencias de su resurrección en la Iglesia, el cuerpo visible del Crucificado y Resucitado. A primera vista resulta llamativo que el lenguaje sobre el reino de Dios, tan presente en los Sinópticos, haya desaparecido en el resto del NT; sin embargo, la Iglesia primitiva realiza en el bautismo y reasume en la teología bautismal el anuncio de la *basileia*, pues en ella morir y resucitar significa el tránsito a una nueva forma de vida, que es la vida de comunión «en Cristo» (Gál 3, 26-29); el proceso catecumenal del bautismo cristiano está impregnado de la misma experiencia del éxodo (1 Cor 10, 1-13). Junto al éxodo, otro rasgo fundamental de la Iglesia, presente ya en su designación misma (*ekklesia de Dios*), es su carácter de reunión. En su origen vétero-testamentario esta palabra remite al pueblo de Dios reunido en el Sinaí. Su utilización por parte de la comunidad primera de Jerusalén expresa su propia identidad como realización escatológica de la asamblea del Sinaí, como el verdadero Israel. El libro de los Hechos de los Apóstoles narra el surgimiento y el desarrollo de esa Iglesia, sus conflictos y su crecimiento. Y lo más específico de esta reunión, como rasgo característico de la Iglesia, es su súplica del Espíritu Santo. En el corazón de la asamblea eclesial se sitúa la celebración de la cena del Señor, que pone de manifiesto la dinámica del *recuerdo*, como tercer rasgo distintivo. Otra señal de identidad de la salvación ofrecida en Cristo radica en la negación del individualismo religioso; la historia de liberación iniciada con Abraham y culminada en Jesús no puede renunciar a su dimensión social, de modo que la noción de pueblo de Dios queda precisada en el NT como «cuerpo de Cristo». Pablo, en su censura a la comunidad de Corinto, corrobora la unidad indisoluble entre el cuerpo eucarístico de Cristo y el cuerpo eclesial (1 Cor 10, 16s). Por otro lado, la fe requiere una preparación y un cultivo; la pregunta por el bautismo de niños o el catecumenado de adultos deja al descubierto la falta de comunidades eclesiales vivas. La fe bíblica comprende la relación entre Dios e Israel a la luz de lo que Lohfink denomina el principio de «lo total», del ser totalmente para Dios, que se encontraría expresado de forma paradigmática en la fórmula de la alianza («Quiero ser vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo»), o en las palabras finales del sermón de la montaña («no se puede servir a dos señores», Mt 6, 24). Esta misma idea está presente en el corpus paulino cuando exhorta a la ofrenda de la propia vida (Rom 12, 1-6; Flp 2, 14; Col 1, 21-23). Esa idea de la referencia total de la propia existencia a Dios alcanza nuevas dimensiones en la carta a los Efesios, ya que queda referida directamente a la Iglesia, al «cuerpo» de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo. Ello constituye una sexta propiedad de la Iglesia. Desde la teología de Efesios, el libro concluye analizando la pérdida de la unidad como la herida más profunda de la Iglesia.

Estos son los temas principales que el lector encontrará en este sugerente estudio de Lohfink, que toma como hilo conductor la categoría bíblica de pueblo de Dios. Estamos ante una eclesiología construida eminentemente con materiales bíblicos que recorre la historia de la salvación desde las promesas vétero-testamentarias hechas a Israel hasta su cumplimiento en la gestación de la Iglesia de Dios neotestamentaria. Vuelve así a profundizar en la relación entre Israel e Iglesia, prolongando la razón y la manera de ser y existir de la Iglesia expuestas en la obra de 1982.